

Autor: Abilio Ayuso

SAN JEREMÍAS

Ilustrador Ricardo Blanco



Historia transcrita de una fábula china que me contó mi esposa referente al poder del destino, traducida a los usos y costumbres occidentales.

+14

Hace muchos años había un lugar donde la tierra no daba buenos frutos y los pastos eran pobres, sin embargo la gente se aferraba a vivir allí porque se encontraba oro.

Nunca se halló una enorme veta que hiciera rico a su descubridor, pero si pequeñas porciones diseminadas aquí y allí, por tanto, los hombres se dedicaban a la minería y las mujeres eran las que verdaderamente trabajaban ocupándose del cultivo, la ganadería, la casa, las conservas, los niños, confeccionar vestuario para toda la familia y todas esas cosas de las mujeres del medievo.

En aquel entorno habitaba Jeremías, que siendo diestro y afortunado como minero, nunca guardaba una sola pepita para su propio sustento.

Si encontraba un buen trocito, lo llevaba al viejecito que no tenía familia diciéndole: “Tome abuelo, con esto ya tiene para la comida de dos meses”.

También llevaba sus hallazgos al minero accidentado que ya no podía trabajar, a la viuda con tres hijos y cualquier menesteroso de la zona.

Sólo se sustentaba con las limosnas que la gente le aportaba. En ocasiones venía un agricultor con una bolsa de patatas diciéndole: “Toma Jeremías, no son muy buenas, pero es lo que hay”.

A lo que él respondía: “Para mí como si fueran las mejores del mundo”.

O a veces el granjero, que a modo de saludo espetaba: “Mira, he matado un cerdo, te traigo costillas y panceta”.

“Te lo agradezco, pero no puedo comer la carne de un pobre animal sacrificado violentamente”.

“Jeremías, he dicho “matado” por la fuerza de la costumbre, pero ha muerto accidentalmente y sería pecado que su carne se desperdiciara”.

“Si es así te lo acepto de buen grado”.

Más tarde el granjero comentaba el hecho con su mujer y ella le preguntaba: “¿Pero como que ha muerto por un accidente?”.

“Claro que si, accidentalmente le ha caído un cuchillo en el cogote”.

Los dos reían la ocurrencia y ella decía: “¿Y a Jeremías no le ha parecido raro?”.

“Que va, si es un santo”.

Aún en ocasiones, entregaba esas limosnas a gente necesitada, como ya le conocían, un campesino le dijo: “Jeremías, se me ha muerto un pollo y te traigo la mitad, pero me has de prometer ante Dios que te lo comerás todo tú, que últimamente te veo muy escuálido”.

“Yo no puedo prometerte eso cuando hay gente necesitada”.

“En tal caso lo tiraré a la basura y será pasto de gusanos”.

“No lo hagas, tirar comida es pecado”.

“Pues promete”.

“Está bien, a regañadientes, pero prometo”.

Ninguna mujer quiso casarse con Jeremías, ni tampoco él lo propuso, ellas decían: “Es muy bueno, pero si tuviera familia seguro que pasaban hambre a costa de alimentar a los pobres”.

Se fue haciendo viejecito, pero siempre preocupado más de los otros que de sí mismo, hasta que al no verlo en unos cuantos días, fueron a su casa y encontraron su cuerpo incorrupto, tendido serenamente sobre su lecho, con la imagen de la virgen sobre su pecho.

La gente dijo que era un santo y por tanto merecía una tumba digna, al excavarla encontraron oro, pero sólo en aquel punto exacto y en ningún otro alrededor, lo cual disparó su fama de santidad, ya que según los aldeanos hasta muerto se preocupaba de ayudar a los pobres.

No tardó en edificarse una ermita sobre su tumba, a la que peregrinaban los mineros para solicitar buena fortuna.

Por supuesto Jeremías fue a compartir el cielo con los otros santos, pero incluso desde allí se preocupaba por la gente de su aldea.

Una vez, platicando con San Pedro le dijo: “Fíjate, esos siete mineros vienen casi cada día a rezarme para que les desee buena suerte, pero su fortuna es escasa, apenas encuentran una miserable pepita para que su familia no perezca de hambre, y sin embargo, ese otro que no me reza ni a mí ni a nadie siempre le favorece el azar, día sí y día no, encuentra buenos trozos de oro con los que su familia vive muy holgadamente, me gustaría ayudar a esos pobres, pero soy un santo de tercera y no tengo poder para ello”.

“¿Porqué no se lo pides a Dios?”.

“Eso sería una grave impertinencia, ¿Como puedo pedirle que ayude a encontrar oro a unos aldeanos cuando en el mundo mueren a diario miles de personas por hambre, enfermedades o guerras?, sin embargo tú si que podrías hacerlo, Dios te ha dado suficiente poder para ello”.

“¿Y no has pensado que viven en la pobreza porque ese ha de ser su destino?”.

“No necesariamente, si les ayudas a encontrar una veta de oro su destino cambiará”:

“Vamos a comprobarlo, los ocho mineros están volviendo de su trabajo, forzosamente han de pasar por aquel estrecho puente, para los siete desafortunados voy a depositar en ese puente una bolsa de oro con el nombre de cada uno, ¿Estás conforme?”.

“Por supuesto, así cambiaremos su vida de miseria”.

“Sin embargo, tengo otra bolsa para el afortunado, pero la voy a dejar apartada del camino y enterrada sin pista alguna”.

Cuando los mineros se acercaban al puente, uno de ellos dijo: “Ninguno de vosotros es tan valiente como yo, y para demostrarlo me voy a vendar los ojos con mi pañuelo y pasaré el puente a ciegas”.

Los otros seis dijeron: “Nosotros también somos capaces de hacerlo”, pero el octavo contestó: “Yo no puedo, me han entrado unas ganas de cagar terribles”.

De aquella forma los siete desafortunados pasaron el puente a ciegas sin ver las bolsas de oro, hecho lo cual, San Pedro las hizo desaparecer para que no cayeran en malas manos.

El octavo se apartó del camino para cagar, y como persona educada que era, tomó la pala y cavó un pequeño agujero para enterrar la mierda, su herramienta topó con algo metálico y ¡Sorpresa!, allí estaba su bolsa de oro.

San Pedro miró condescendiente a Jeremías y le dijo: “¿Te das cuenta?, si el destino de alguien es ser pobre, tendrá la fortuna delante y no la verá”.

.

FIN